

rededor. La palpitaba el corazón y su mirada era febril.

—¿No te falta nada?— preguntó doña Felicidad— ¿la llave del palco? ¿El pañuelo?

— ¡Ah! ¡mi ramo!—dijo Luisa.

Juliana quedó asombrada cuando la vió vestida “de teatro,” fué á alumbrar en silencio y cerrando con un violento é insolente portazo, gruñó:

—No tiene vergüenza en la cara...

El coche habíase alejado ya cuando doña Felicidad rompió á gritar, llamando en los cristales:

—¡Pare usted! ¡Espere usted! ¡Que se me ha olvidado el abanico! ¡No puedo ir sin abanico!... ¡Pare usted, cochero!

—Se hace tarde, hija; toma el mío—dijo Luisa impaciente.

Agitaciones como aquella perturbaban las digestiones de doña Felicidad.

Sin embargo, la bajada de Chiado la alegró mucho. Grupos en que se gesticulaba bastante destacábanse sobre las puertas iluminadas de la casa Habanera; los coches pasaban por el Picadero, con el rápido centelleo de sus faroles que alumbraban los capotes de los cocheros; doña Felicidad, alegre, solazábase y disfrutaba de la claridad del gas, de los escaparates y del aire del invierno y hasta vió con satisfacción al portero del *Hotel Gibraltar*, vestido de rojo calzón, abrir la portezuela gorra en mano.

Preguntaron por Jorge.

Doña Felicidad, curiosa por penetrar “la vida de hotel,” reparó en la planchadora que entró con un cesto de ropa; luego en una señora que bajaba vestida de *soirée* con el pie calzado con zapato redondo de satén blanco. Sonreía al ver á los que pasaban junto al coche, lanzar adentro curiosas miradas.

—Perecen, por saber quienes somos.

Jorge al fin apareció en lo alto de la escalera, habiendo entusiasmado con un individuo flaquísimo que llevaba el sombrero ladeado, las manos en los bolsillos del pantalón y un enorme cigarro en la boca. Se paraban, gesticulaban y cuchicheaban. Por fin el individuo apretó la mano de Jorge, le habló al oído, rió y volviéndose le dió en el hombro un golpecito y le obligó á tomar otro cigarro. Luego inclinó más el sombrero y fué á hablar con el portero.

Jorge corrió sonriendo á la portezuela del coche.

—¿Qué locuras son estas? ¡Teatro, cenas! ¡Pido el divorcio!

Parecía contento. Sólo sentía no estar vestido, pero se quedaría en el fondo del palco. Y para no arrugar los vestidos de las señoras, se sentó en la bigotera del carruaje.



XV

Eran más de las ocho cuando llegaron á San Carlos. Un granujilla que tosía mucho, se precipitó á abrir la portezuela del coche. Doña Felicidad sonrió satisfecha al sentir la cola del vestido de seda arras-trando sobre la alfombra del pasillo de palcos.

La función había comenzado. A luz baja, en el es-cenario, se veía la decoración clásica de la celda de un alquimista. Arropado en un balandrán monásti-co, con abundantes é hirsutas barbas grises, cantaba Fausto la desilusión de la ciencia, poniendo sobre el corazón la mano en que fulguraba un brillante. Un rayo de luz erraba por la escena. Aquí y allá tosían. Había poca gente, que iba entrando muy poco á poco.

En el palco se colocaron doña Felicidad y Luisa cuchicheando, con negativas y súplicas.

—No lo permito, doña Felicidad...

—Pero si estoy bien...

—No lo consiento...

Al fin doña Felicidad hubo de sentarse en la de-lantera y Luisa quedó atrás, poniéndose los guantes, en tanto que Jorge colocaba sillas, furioso contra su sombrero que se había caído dos veces.

—¿Tiene usted taburete, doña Felicidad?

—Sí, gracias, aquí lo toco—dijo moviendo los pies.

—¡Qué lástima no poder ver á la real familiar!...

En los palcos iban apareciendo los altos peinados llenos de postizos y las blancas pecheras. Entraban los abonados de butacas lentamente; con aire aburrido é íntimo, atusándose el cabello. Se cuchichea-ba; en el fondo de la platea surgía inquieto rumor de gente del pueblo; á la entrada, sobre el palco real veíanse correajes de municipales y sombreros de policías, brillando á la luz, empuñaduras de sables.

En la orquesta surgieron estremecimientos metá-licos de sobrenatural pavor; Fausto temblaba como árbol que sacude el viento; estalló ruido así como de latas fuertemente sacudidas y Mefistófeles irguióse en el fondo, vestido de rojo, moviendo las piernas con aire de charlatán, con su insolente barbilla. Mientras su voz poderosa saludaba al doctor, las plumas rojas de su birrete oscilaban sin cesar de un modo fanfarrón.

Luisa se puso delante; al ruido de la silla se vol-vieron á mirarla y pareció bonita; ella, turbada, mi-ró seria al escenario donde apareció Margarita hi-lando y vestida de blanco. La luz eléctrica que la envolvía en un nimbo, la hacía aparecer como de marmol y doña Felicidad la comparó á una santa.

Desapareció la visión y Fausto, que estaba inmó-vil en el fondo del escenario, se agitó dentro de su túnica y de sus barbas y surgió joven, robusto, ves-tido de color claro, cubierto de polvos de arroz atu-sando el rizado cabello. Las luces de la escena



aumentaron; resonó música alegre y expansiva: Mefistófeles se apoderó de él y lo arrastró consigo á través de la decoración. El telón bajó rápidamente,

Las plateas dejaron oír rumor sordo. En los palcos se hablaba poco y los gemelos de teatro movíanse como puntos luminosos.

En la platea, entre los claros de butacas, algunos requebraban sentados lánguidamente y otros puestos de pie sobábanse taciturnos los guantes: viejos *dilletanti* tomaban rapé y se sonaban en los pañuelos de seda; doña Felicidad se interesaba por dos bellísimas españolas que en la galería erguían sus arrogantes bustos.

Un compañero de Jorge entró en el palco y contó que la de Palma, el diputado, había huido...

—¿Al extranjero?

—¡No! Aquí está lo gracioso... ¡A casa de un español que vivía enfrente! ¡Era divino aquello! ¡Por lo demás—dijo gravemente—estoy entusiasmado con el bajo!

El timbre avisó y el ingeniero salió de puntillas.

A mitad de acto Luisa vió ruborizarse á doña Felicidad y siguiendo su mirada, descubrió entre la gente la pulimentada calva del Consejero, que saludaba, prometiendo generosamente con la mano su visita.

Subió cuando acabó el acto y las felicitó por haber elegido aquella noche; la ópera era de las mejores y había buena gente. Tomó los gemelos de Luisa y explorando los palcos, les citó los títulos y las herederas ricas, nombró los diputados y mostró los literatos. ¡Ahl! ¡Hacia dieciocho años que iba á San Carlos y lo conocía bien!...

Doña Felicidad lo miraba ruborizada. El Conse-

jero sentía que no pudieran ver el palco real; estaba la Reina, adorable como siempre.

—¿De veras? ¿Cómo viste?

—De terciopelo.

No sabía si rojo ó azul obscuro, pero se enteraría.

Cuando comenzó el acto siguiente, se sentó á espaldas de Luisa y comenzó á decirla que aquella—Isabel cogiendo flores en el jardín de Margarita,— como segunda tiple ganaba quinientos mil reis por mes...

—Pues á pesar de eso, mueren casi siempre en la miseria—dijo con acento de reprobación.—Vicios, cenas, orgías, excursiones...

Margarita entró lentamente deshojando la legendaria flor. Luisa se impresionó con la triste y melódica balada del rey de Thulé.

El Consejero advirtió:

—Atención ahora... Esta es la escena culminante...

La tiple, sonriente, cantaba arrodillada oprimiendo el collar con las manos; bailaba con delirante monería y de su boca salía un canto picado, cristalino, maravilloso. Fué al final ovacionada.

Doña Felicidad tenía miedo de que la estallase algo en la garganta y se preocupaba de las joyas. ¿Serían falsas? ¿Serían de ella?

—Son bastantes para una tentación, ¿verdad?

—Es un drama—dijo el Consejero en voz baja.

Cuando Mefistófeles arrastraba á la buena Marta y Fausto y Margarita huían hacia el tentador jardín, doña Felicidad dijo al Consejero entre reprensiva y extática:

—Cuántas veces habrá usted hecho eso, calaverón...

El Consejero la miró indignado.



— ¡Señora mía! ¡Llevar el deshonor al seno de una familiar!

Luisa le mandó callar. Fausto y Margarita, abrazados, casi desfallecidos, dejaban oír su *duetto*; delicado sensualismo con toques de reminiscencia devota, flotaba sobre la orquesta; el tenor se esforzaba con cansado gesto y la mirada velada, y saliendo del arco perezoso de los violoncellos, subía el canto á las estrellas...

*Al pallido chiarore  
dei astri d' oro...*

El corazón de Luisa latió precipitadamente; vióse sentada en el diván de su sala, aun agitada por los sollozos del adulterio, mientras Basilio, con el cigarro en la boca, tocaba distraídamente en el piano aquel aria... Desde aquella noche venía su desventura... y de pronto, súbitamente, el recuerdo de Juliana y Sebastián le nublaron el alma.

Miró al reloj: eran las diez. ¿Qué había pasado?

—¿Estás molesta?—preguntó Jorge.

—Un poco.

Terminó el acto con el abrazo de Margarita y Fausto, entre las carcajadas del diablo y el golpear de los timbales, cayendo el telón como insinuación pudibunda...

Doña Felicidad quería agua. Cuando Jorge salió le acompañó el Consejero, que fué á tomar su bocadito de gelatina.

—Es mi cena—dijo—cuando vengo á San Carlos.

Se reunió luego con Jorge, que estaba fumando en el descansillo de butacas. Sobre la pared había dibujos obscenos é indicaciones sexuales con buena y cursiva letra.

— ¡Por donde pasan señoras!—decía Jorge.— ¡Lea usted! ¡Esto sólo pasa en Portugal!

—La autoridad debía intervenir. Hacen esto jóvenes con el cigarro. En cierta ocasión me invitó el conde de Rica-Villa á que hiciese un dibujo, y tomando yo el cigarro, le dí una lección severa...

—¿Se lo fumó usted?

—No; escribí...

—¿Alguna indecencia?...

— ¡Jorge! Usted que me conoce puede suponer...

Tomé el cigarro y escribí con mano firme: *¡Honor al mérito!*

Sonó el timbre y entraron en el palco. Luisa estaba molesta y no quiso el sitio preferente, que ocupó el Consejero, muy serio, frente á doña Felicidad. Fué aquel, para la monumental señora, el momento de su más completa dicha. ¡Estaban allí los dos como novios! Conmovida, se veía ya salir con él de bracetete, entrar en un estrecho cupé, parar en la casa conyugal, pisar la alfombra de la alcoba nupcial... Sudaba hasta la raíz de los cabellos, y al ver al Consejero sonreirla, con su calva brillante á la luz, sentía apasionado reconocimiento por la saludadora de Galicia que clavaba agujas en su corazón de cera...

Pero de pronto, el Consejero salió del palco, como disparada flecha. Todos le miraron inquietos. Doña Felicidad palideció... ¿Sería algún dolor, santo Dios? Y murmuró una oración.

Le vieron entrar en seguida, diciendo con aire triunfante:

— ¡De azul obscuro!

Le miraron atónitas, sin comprender.

— ¡Su Majestad la Reina! ¡Lo prometió y lo ha cumplido!



Y ocupó su asiento nuevamente, diciendo á Luisa:  
—Lamento que esté usted ese rincón... ¡A su edad!  
¡En la flor de la vida! ¡Cuando todo es de color de  
rosa!..

Luisa sonrió.

Rumores de riña surgieron de la platea, y poco  
después, varios agentes de policía aparecieron lle-  
vando á un sujeto, lívido, que se tambaleaba.

Pero Luisa, con el corazón oprimido, pensaba en  
lo que estaría haciendo Sebastián á aquella hora...

\*  
\*  
\*

A las nueve salió Sebastián de su casa, arrostran-  
do el agudo nordeste que hacía temblar las luces de  
gas dentro de los faroles, y se fué lentamente á casa  
de un comisario de policía, primo suyo. llamado Vi-  
cente Azurara. Una criada vieja y maltrecha de  
ropa, le llevó á su alcoba de soltero, en la que el se-  
ñor Comisario sudaba un fuerte constipado. Le halló  
cubierto con un gabán, envueltas las piernas en una  
manta, tomando *grog*s calientes y dedicado á la lec-  
tura de *El hombre de los tres calzones*. Cuando en-  
tró Sebastián se quitó los lentes de la nariz, y alzando  
á él los ojos llorosos, exclamó:

—Estoy endiablado, con un constipado que hace  
tres días no me deja.

Gruñó un poco, pasando la mano flaca y sucia por  
su moreno rostro de líneas duras, al que un espeso  
bigote daba cierta fiereza.

Sebastián lo lamentó mucho. ¡No era extraño, con  
aquel frío! Le aconsejó agua sulfúrica.

—No; si no se quiere ir - dijo el Comisario, —le ati-  
zo mañana media botella de ginebra, y si no de gra-  
mo, saldrá por fuerza. Y ¿qué hay de nuevo?



Sebastián tosió, se quejó de estar malucho, y sentándose junto al primo Vicente, dijo, poniéndole una mano sobre la rodilla:

—Vicente... Si yo te pidiera un policía para que me acompañase á un asuntillo, sólo para que le viesen, para que cierta persona restituyese lo que ha robado... ¿darías la orden, eh?

—Orden, ¿de qué?—preguntó el Comisario mirando á Sebastián.

—Orden para que me acompañe, para que le vean, sólo para que le vean. Es un negocio delicado. Para meter miedo... Ya sabes que yo no soy capaz... Es para que una persona restituya lo que robó, sin dar escándalo.

—¿Ropas ó dinero?

El Comisario retorció despacio su bigote con sus dedos afilados, largos y quemados del cigarro.

Sebastián dudó.

—Sí, ropas... objetos... sin escándalo... Ya puedes figurarte que...

Vicente murmuró:

—Un policía para meter miedo...

Se sonó ruidosamente, y torciendo el gesto, dijo:

—¿No es cosa de política?

—No —dijo Sebastián.

—¿No se trata de gente principal...?

—¡Cá, hombre!

—Un policía para meter miedo...—murmuraba el Comisario. Tú eres un hombre honrado... Trae aquel cartapacio que está en la cómoda.

Sacó un papel rayado, lo examinó poniéndose los lentes y meditó:

—Méndez... ¿Te sirve Méndez?—preguntó.

Sebastián, que no conocía á Méndez, repuso:

—Sí, el que quieras. Es sólo para que le vean...

—Pues Méndez: es un hombre dispuesto y serio; fué de la Guardia.

Se hizo acercar un tintero, escribió una orden, la leyó dos veces, puso las tildes en las *tt*, la secó á la luz del quinqué, y doblándola con solemnidad, se la entregó á Sebastián, diciendo:

—¡Segunda división!

—Gracias, Vicente, por favor tan grande. Abrígate y no te olvides del agua sulfúrica, farmacia de Acevedo, calle de San Roque; con medio litro de leche hervida... Gracias... ¿No mandas nada?

—No. Dale una propina á Méndez. Es hombre serio, de la Guardia.

Y poniéndose los lentes, continuó leyendo *El hombre de los tres calzones*.

Media hora después Sebastián seguido de Méndez que marchaba militarmente con los brazos un poco arqueados, se dirigía á casa de Jorge. No tenía plan formado. Pensaba lógicamente que Juliana al ver á semejante hora al policía, se atemorizaría y pensaría en seguida en la "Buena hora Limoeiro", en la costa de Africa. Entregaría las cartas y pediría misericordia. ¿Y después? Pensaba en pagarla pasaje hasta el Brasil ó darla quinientos mil reis para que fuera á establecerse lejos, en una provincia... Vería, lo esencial era aterrarla.



Efectivamente, Juliana se puso lívida al abrir la puerta y ver detrás de Sebastián al policía con cara de pocos amigos y exclamó:

—¡Ave María! ¿Qué hay?

Estaba abrigada con su chal negro y el quinqué que llevaba en la mano prolongaba en la pared su perfil antipático.

—Señora Juliana—dijo tranquilamente Sebastián—haga usted el favor de encender luz en la sala.

Ella fijaba en el policía su mirada inquieta.—  
—¿Pero qué ocurre señor? Los señores no están. Si lo hubiera sabido no les abro, no... ¿Hay alguna novedad?

—No es nada—dijo Sebastián abriendo la puerta de la sala—todo se hará en paz.

Encendió él mismo con un fósforo una de las bujías.

—Siéntese, señor Mendez, siéntese.

Mendez sentóse en el borde de una silla con la mano en el cinturón, el sable entre las piernas y la cara grave.

—Esta es la persona—dijole Sebastián señalando

á Juliana, que estaba petrificada en la puerta de la sala.

—Señor don Sebastián ¿qué broma es esta?—dijo retrocediendo...

—No es nada... no es nada...

Tomó el quinqué y dándola en el brazo, dijo:

—Vamos allá dentro, al comedor...

—¡Pero cómo! ¿Es algo que tiene que ver conmigo? ¡Dios mío!

Sebastián cerró la puerta del comedor, puso el quinqué sobre la mesa, en la que había viandas en un plato y un poco de vino en una copa, dió unos cuantos paseos y luego, parándose bruscamente ante Juliana, exclamó:

—Deme usted unas cartas que robó á la señora...

Juliana hizo un movimiento como para abrir la ventana y gritar.

Sebastián la cogió del brazo y sentándola con fuerza sobre una silla:

—Escusa usted gritar desde la ventana porque la policía está dentro de casa. ¡Déme usted las cartas, ó sino!...

Juliana entrevió un calabozo obscuro en Limoeiro, el caldo del rancho...

—¿Pero qué he hecho yo?—balbuceó.

—Robar las cartas. ¡Vengan pronto!...

Juliana, sentada al borde de la silla, se apretaba desesperadamente las manos y gruñía entre dientes:

—¡La hipócrita, la hipócrita!

Sebastián impaciente echó mano al tirador de la puerta para abrir.

—¡Espere usted con mil demonios!—gritó Juliana levantándose de un salto.

Le miró rencorosamente, se desabrochó el corpiño, metió la mano en el pecho y sacó una carte-



rita. Pero de pronto dió una patada en el suelo y dijo frenética:

—¡No, no y no!

—¡Que me lleve el diablo si no duerme usted en la cárcel!—dijo Sebastián y, entreabriendo la puerta, llamó:

—¡Señor Mendez!

—¡Ahí está!—gritó Juliana tirando la cartera y mostrándole el puño añadió: — ¡Así te parta un rayo malvado!

Sebastián cogió la cartera. Había en ella tres cartas: una muy doblada de Luisa. Leyó la primera línea que decía "Mi adorado Basilio" y muy pálido, guardó todo en el bolsillo interior del gabán. Abrió la puerta; en la sombra destacábase la figura del señor Mendez.

—Ya está todo arreglado—le dijo Sebastián un poco tembloroso.—No quiero detenerle más tiempo.

El policía se inclinó en silencio. Cuando en el descamillo le deslizó Sebastián una propina, dijo muy respetuosamente inclinándose y con voz meliflua:

—Para lo que guste mandar, ya sabe, el 64, Mendez, que sirvió en la Guardia... No se incomode V. S... á las órdenes de V. S... Mi mujer y mis hijos le agradecen que... No se moleste V. S. ¡El 64, Mendez, que sirvió en la Guardia!

Sebastián cerró la puerta y volvió al corredor.

Juliana estaba sentada, como anonadada, en una silla; pero apenas le vió, se levantó furiosa:

—¡Todo se lo diré á esa hipócrita! ¡Usted ha armado esta trampa, usted que también ha dormido con ella!

Sebastián, muy pálido, se contenía.

—Vaya usted por su sombrero y mande mañana por los baúles... El amo la ha despedido ya...

—¡Pues lo sabrá todo!—bramó ella.—¡Que me

aplaste este techo si no se lo cuento todo de *pe á pa*, todo! Las cartas que ella recibía y dónde se veían... se acostaba con ella en la sala, y se le caían hasta los pendientes... ¡La misma cocinera oía muchas veces el barullo!...

—¡Silencio!—gritó Sebastián dando un violento puñetazo sobre la mesa; y añadió con los labios blancos y la voz trémula:—La policía tiene apuntado su nombre, ladrona... A la menor palabra que diga, vá hácia Limoeiro, barra afuera, á la mar, porque no robó usted cartas solamente; robó también vestidos, camisas, ropa blanca.—Juliana quiso protestar pero Sebastián continuó exaltado:—Bueno, lo dió ella, pero á la fuerza, porque usted la amenazaba y así la arrancó todo eso. Es un robo... ¡A Africa! Ya puede usted decirle al señorito Jorge cuanto guste, falta que la crea. Todo será que la arrime unos cuantos estacazos en las espaldas, ladrona!

Juliana gruñía entre dientes... ¡Estaba divertida! Ellos tenían todo á su favor: policía, cárcel, el grillete... Africa... Y ella... nada.

Todo su odio contra la *Piorrinha* hizo explosión.

La insultó con los nombres más obscenos é inventó infamias.

—Es como las del Barrio-Alto—gritaba,—y yo soy una mujer de bien; ningun hombre puede alabarse de haberme tocado ni de haberme visto el color de la carne. ¡Y esa hipócrita!...

Tenía el chal caído y estiraba el cuello ansiosamente.

—¡Esto es un desafuero! ¿Y lo que he pasado con la bruja de su tía? ¿Es este el pago que me dan? ¡Que me lleven los demonios si yo no pongo esto en los periódicos! ¡Yo que he vivido agarrada al trabajo como un perro!



Sebastián escuchaba á pesar suyo con dolorosa curiosidad aquellos pormenores; sentía vivos deseos de ahogarla y devoraba las palabras con los ojos. Cuando se calló, jadeante, dijo:

—¡Póngase usted el sombrero y vamos fueral

Juliana, encendida en ira, con los ojos fuera de las órbitas, se fué á él y le escupió en el rostro.

Pero de pronto se le abrió desmesuradamente la boca, se encorvó, llevó con ánsia las manos al corazón y cayó de lado, con blando ruido, como un fardo que se inclina.

Sebastián se inclinó y la movió. Estaba yerta y una espuma rojiza asomaba á sus labios.

Cogió el sombrero, bajó las escaleras y corrió hácia la Patriarcal. Pasaba un coche vacío, entró y ordenó que á todo correr le llevase á casa de Julián al que obligó á ir con él en seguida, sin cuello y en zapatillas.

—Es cosa gravísima... Juliana...—balbuceaba Sebastián muy pálido.

En el camino y entre el ruido del coche y las campanillas, contó confusamente que entró en casa de Luisa y halló á Juliana despechada por haber sido despedida, y que hablando y manoteando cayó repentinamente de costado.

—Estaba en el corazón y sería un día ú otro—dijo Julián fumando tranquilamente.

Paró el coche. Sebastián, aturdido, había cerrado la puerta al salir. ¡Y la muerta dentro! El cochero ofreció su ganzúa que fué útil.

—¿No vamos á dar un paseito por Dafundo, señoritos?—dijo el cochero guardando la ganzúa.

Pero al ver que cerraban:

—No es gente para eso—exclamó con desprecio arreando el tronco.

Entraron. Sebastián subía aterrado las escaleras,

que le parecieron inacabables, y laténdole fuertemente el corazón, esperaba que Juliana estuviese adormecida por un simple desmayo, o ya de pie, pálida, pero respirando.

No; allí estaba como la dejó, tendida en el suelo, con los brazos abiertos y los dedos torcidos como garras. La convulsión había levantado las faldas y se veían sus canillas flacas con medias de color de rosa y zapatillas de alfombra. El quinqué que dejó Sebastián al pie de una silla daba tonos lívidos a las facciones rígidas; la boca torcida hacía un gesto y los ojos entreabiertos, parados por la agonía, tenían como una vaga nube, una diáfana tela de araña. En derredor todo parecía muerto e inmóvil. Vagos reflejos de plata salían del aparador y el cuco seguía sin cesar marchando con isócrono movimiento.

Julián la reconoció y se levantó sacudiéndose las manos.

—Está muerta, y bien muerta. Es preciso quitarla de aquí. ¿Dónde está su cuarto?

Sebastián, pálido, dijo por señas que arriba.

—Bueno, pues cárgala tú, y yo llevaré la luz—dijo Julián. Y al ver que Sebastián no se movía:

—¿Tienes miedo?—preguntó riendo.

Se chanceó de él. Era materia inerte, como si llevase un baúl. Sebastián, sudando, levantó el cadáver por bajo de los brazos y empezó a arrastrarlo lentamente. Julián alumbraba delante, y por fanfarronada cantó los primeros compases de la marcha de «Fausto». Pero Sebastián dijo con voz temblona:

—Lo dejo todo, y me voy.

—¡Respetemos los nervios de la señorita!—dijo Julián con una reverencia.

Continuaron en silencio. Aquel cuerpo mezquino pesaba como una losa. Se encorvaba; en las escale-

Primo Basilio—T, II—12

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



ras se cayó una zapatilla de la muerta, y rodó. Sebastián sentía algo que le daba en las rodillas: era el moño despeinado y sujeto con una cinta.

La extendieron en la cama, y Julián dijo que era preciso respetar las tradiciones: la cruzó los brazos y la cerró los ojos. Luego se quedó mirándola, y dijo:

—¡Feo bicho!

La puso sobre el rostro una toalla, y al salir examinó admirado la habitación.

—¡Estaba mejor alojado que yo este estafermo!

Cerró, dió vuelta a la llave y dijo:

—*Requiescat in pace.*

\*  
\* \*

Bajaron en silencio, y ya en la sala, puso Sebastián la mano sobre el hombro de Julián:

—¿Crees tú que fué el aneurisma?

—Sí; se irritó y reventó. Los libros...

—De modo que si hoy no se hubiese incomodado...

—Hubiera sido mañana. Estaba acabándose. Déjala en paz; está empezando a pudrirse, no le estorbemos.

Dijo después que comería alguna cosa, y en contró en el armario un trozo de carne siambre, media botella de Colares. Se sentó, y con la boca llena y mirando el vino a través.

—¿Sabes la novedad, Sebastián?

—No.

—Que mi contrincante ganó la plaza.

—¡Caramba!

—Estaba previsto—dijo Julián—. Iba a armar un escándalo; pero... pero me amarraron dándome una plaza de médico. ¡Me arrojaron un hueso!

—¿Sí?—dijo Sebastián—. Me alegro; que sea enhorabuena. ¿Y ahora?

—Pues ahora... lo roeré.



Se lo habían prometido para primera vacante. El destino no era malo... En fin, que la situación era mejor.

Estaba harto de la medicina, según dijo después de una pausa. Era un callejón sin salida. El debía haberse hecho abogado, político, intrigante: había nacido para ello.

Se levantó, y dando grandes paseos por el comedor, con la voz penetrante, expuso su plan ambicioso.

—El país está sometido por un intrigante con voluntad. Esta gente está gastada, llena de achaques, de catarros veniales y sífilis antiguos; todo podrido por dentro y por fuera. El viejo mundo constitucional se caerá a pedazos... ¡Hacen falta nuevos hombres!

Se plantó delante de Sebastián.

—Este país, amigo mío, se ha gobernado hasta aquí con *expedientes*. Cuando venga la revolución contra éstos, el país buscará a quien le traiga principios. Pero, ¿quién tiene principios, los cuatro principios? Nadie; tienen deudas, vicios secretos, dientes postizos; ¡principios, nadie! Por consiguiente, si hubiera cuatro valientes que se tomaran el trabajo de establecer media docena de principios serios, racionales y moderados, el país se pondría de rodillas y les diría: «Señores, háganme ustedes el favor de ponerme el treno en la boca». Yo debía ser uno de esos hombres; nací para serlo. Y me irrita la idea de que mientras otros idiotas más astutos y más previsores están brillando al sol, «al hermoso sol portugués», como dicen las zarzuelas, yo receto cataplasmas a viejas devotas o ligo rupturas a escribanos cauducos.

Sebastián pensaba en silencio en la muerte.  
—¡Estúpido país, estúpida vida!—gruñó Julián.

Un carruaje se detuvo a la puerta.

—¡Los príncipes llegan!

Bajaron. Jorge ayudaba a Luisa a salir del coche, cuando Sebastián, abriendo bruscamente la puerta, dijo:

—¡Hay una gran novedad!

—¿Fuego?—dijo Jorge asustado.

—No: que a Juliana se le rompió el aneurisma—dijo Julián desde la sombra de la puerta.

—¡Diablo!—dijo Jorge aturdido, buscando precipitadamente dinero para pagar el coche.

—¡Pues yo no entro!—exclamó doña Felicidad mostrando en la portezuela su cara abrigada con una toquilla—. ¡no entro!

—¡Ni yo!—dijo Luisa aterrada.

—Pero ¿a dónde vamos, hija?—dijo Jorge.

Sebastián indicó que a su casa. Tenía el cuarto de su madre: sólo faltaban sábanas.

—Vamos, sí; vamos, Jorge; es lo mejor—suplicó Luisa.

Jorge dudó; la patrulla pasaba por el alto de la calle, y al ver aquel grupo junto al farol del coche, se detuvo. Al fin Jorge, instado y muy contrariado, consintió.

—¡Diablo de mujer, morir a semejante hora!

—El coche la llevará a usted, doña Felicidad.

—Y a mí, que estoy en zapatillas—dijo Julián.

Doña Felicidad se acordó cristianamente de que era preciso que alguien velara a la muerta.

—¡Déjese usted de eso, por amor de Dios, doña Felicidad!—exclamó Julián metiéndose en el coche y cerrando la portezuela.

Pero doña Felicidad insistía. Era una falta de religión... al menos dos velas, mandar llamar a un cura...

—¡Arrea, cochero!—gruñó Julián impaciente.



El coche dió la vuelta. Doña Felicidad en la portezuela, a pesar de que Julián la tiraba del vestido decía:

—¡Es un pecado mortal, una irreverencia!... ¡Al menos dos velas!

El coche partió al trote.

Luisa tuvo escrúpulos. Realmente debía mandarse a llamar a alguien.

Jorge se incomodó. ¿A quién se llamaba a tal hora? ¿Estaba muerta? ¡Pues se acabó! Se la enterraría... ¡Velar a aquel estafermo! ¡Pues! ¡y ponerla cámara ardiente! ¿Quería ir ella a velarla?

—Vamos, Jorge, vamos—murmuraba Sebastián.

—¡No, he dicho! ¡Qué prunto de crear obstáculos!

Luisa bajó la cabeza, y mientras Jorge cerraba la puerta de la casa, ella bajaba a la calle, del brazo de Sebastián.

—¡Estallo de rabia!—la dijo él muy bajo.

Todo el camino fué Jorge murmurando:

—¡Qué idea ir a dormir fuera de casa!

Luisa dijo casi llorando:

—Parece que quieres martirizarme más y que me ponga peor.

El calló, mordiendo el cigarro. Sebastián propuso, para calmarle, que la tía Vicenta, la negra, fuere a velar a Juliana.

—Sería lo mejor—murmuró Luisa.

Llegaron a la puerta de Sebastián.

El «fru-fru» del vestido de seda de Luisa en su casa, conmovió particularmente a Sebastián: su mano tembló al encender las bujías de la sala. Despertó a la tía Vicenta para que hiciera té; sacó él mismo sábanas del baúl, feliz con la hospitalidad que daba. Cuando volvió a la sala, estaba Luisa sola, sentada en el borde del sofá.

—¿Y Jorge?—preguntó él.

—En el despacho, escribiendo al párroco para el entierro.

Y añadió con ojos brillantes y voz cobarde:

—¿Están ya...?

Sebastián sacó la carterita de Juliana. Luisa la cogió ávidamente, y con un movimiento brusco tomó la mano de él y la besó.

Jorge entró sonriendo.

—¿Estás más tranquila, niña?

—Del todo—dijo ella con un suspiro de alivio.

Fueron a tomar el té. Sebastián contó a Jorge, ruborizándose un poco, cómo entró en su casa Juliana diciéndole que la habían despedido y exaltándose, ¡zas!, de repente cayó muerta de costado.

Y añadió:

—¡Pobrecilla!

Luisa le veía mentir, mirándole con adoración.

—¿Y Juana?—preguntó Jorge de pronto.

Luisa respondió sin turbarse:

—¡Ah! Se me olvidó decírtelo. Me pidió permiso para ir a ver a su tía, que está muy mala, hacia el lado de Bellas. Dijo que mañana volvería... Un poco más de té, Sebastián...

Luego se olvidaron de mandar a la tía Vicenta, y nadie veló a la muerta.



## XVI

Luisa pasó la noche con fiebre. Jorge se asustó por la mañana de la frecuencia de su pulso y del calor de su piel.

El, muy nervioso, tampoco pudo dormir.

La habitación tenía la frialdad del abandono: en la pared, junto al techo, había manchas de humedad, y la antigua cama de torneadas columnas y huérfana de cortinajes, y el viejo «buró» con espejo del siglo pasado, tenían, a la temblona luz de la lamparilla, no sé qué tinte de existencias muertas. Al verse allí con su mujer, en ajeno lecho, le producía, sin saber por qué, vaga sensación; le parecía haber ocurrido en su vida un cambio brusco, y que, como río que cambia de cauce, empezaría desde aquella noche a tomar diferente aspecto. El nordeste agitaba los vidrios de la ventana.

Luisa no pudo levantarse por la mañana.

Julián, llamado a toda prisa, les tranquilizó.

—Es una fiebre cilla nerviosa, que con un poco de reposo pasará. El susto de anoche, ¿eh?

—He soñado toda la noche con ella—dijo Luisa—. que había resucitado... ¡Qué horror!

—Puede usted perder cuidado... ¿La han amortajado ya?

—Allí está Sebastián con ella—dijo Jorge—, y yo voy a dar un vistazo.

En la calle se sabía ya la muerte de la «Tripa vieja».

La mujer que la amortajó—una matrona muy picona de viruela, con los ojos encarnados por abuso del alcohol—era conocida de la señora Elena. Estuvieron hablando un momento al sol, en la puerta del estanco.

—¿Hay mucho que hacer, señora Margarita?

—No falta, no falta, señora Elena—dijo la amortajadora, con la voz ronca—. En invierno siempre hay más trabajo. Pero toda es gente vieja, que se va con los fríos. Ni un cuerpo bonito que amortajar...

La estanquera la contó muchas particularidades de Juliana, los favores de sus amos y los lujos del cuarto alfombrado. La señora Margarita dijo que la dejaba *estupefacta*... ¿Y para quién sería todo aquello?, preguntaban. «Tripa vieja» no tenía parientes.

—¡Qué riqueza para mi Antoñita—dijo la amortajadora, arreglando tristemente el chal.

—¿Cómo está la chica?

—Mal; aquella cabeza está descompuesta—dijo exhalando su dolor en palabras—. Dejar al brasileño que la llevaba en palmas... ¿y por quién? Por aquel tunante, que ya la ha hecho un chiquillo y que la trata mal... Pero las muchachas son así... Y él es guapo chico, pero loco... ¡Pobrecilla! En fin, voy a vestir a esta muñeca—añadió, entrando compungidamente en la casa.

El cura estaba con Sebastián, hablando de la branza, riegos e injertos, con voz gruesa, y pasando el pañuelo por debajo de la nariz. Toda